

Capítulo 7

LA REPUBLICA DE WEIMAR

La revolución alemana de 1918-19 comenzó siguiendo la antigua tradición prusiana de una «revolución desde arriba». El almirante Paul von Hintze, ministro de Asuntos Exteriores, indicó que, como era evidente que la guerra estaba perdida y que había que firmar un armisticio, habría que hacer algunas reformas democráticas suaves, para hacer frente al empeño por parte de los Aliados de tratar sólo con un gobierno alemán democrático y también para evitar una «revolución desde abajo». El 29 de septiembre de 1918, el general Ludendorff, el brazo derecho de Hindenburg, pero jefe *de facto* del Alto Mando, aceptó esta propuesta. El emperador estuvo de acuerdo y el anciano y algo inepto canciller Hertling se retiró para dar paso a un liberal moderado, el príncipe Max de Baden. El nuevo gabinete estaba constituido por liberales moderados, miembros del Partido Católico Centrista y, lo que resulta más pasmoso, un miembro del Partido Socialdemócrata. Estas reformas transformaron a Alemania en una monarquía constitucional, con responsabilidad ministerial y un gobierno representante de los partidos mayoritarios en un Reichstag elegido por sufragio universal.

Algunos políticos percibían difusamente que estas reformas estaban pensadas en gran parte para hacer recaer sobre los partidos

democráticos el odio por la derrota y la responsabilidad por lo que posiblemente iba a ser un duro acuerdo de paz. Como dijo Ludendorff: «Ellos mismos se han hecho la cama; ¡ahora que se tumben en ella!» Sus motivos para seguir la Acción Hintze eran diversos. Incluso a los socialdemócratas, acusados durante años de ser unos revolucionarios rojos, les aterrorizaba la idea de una «revolución desde abajo». Todos los partidos mayoritarios estaban de acuerdo en que era posible que los Aliados fueran más clementes con una Alemania decentemente democrática. A muchos les motivaban cuestiones menos elevadas. Querían ejercer el control político después de haber pasado años en un desierto político. Pensaban que las reformas de octubre bastaban para garantizar un futuro democrático seguro para el país y no tenían en cuenta la amenaza de los que estaban dispuestos a que el antiguo régimen fuera restaurado.

Fue el nuevo gobierno el que alzó la bandera blanca, no los soldados, y al hacerlo cedieron la ventaja a los que estaban dispuestos a acabar con la democracia parlamentaria desde su nacimiento. Contaron a la prensa que era esencial dar la impresión de que la decisión de pedir un armisticio era una decisión política y que no procedía de los militares. Al hacerlo, actuaban con responsabilidad y patriotismo, pues no querían dar a los Aliados la impresión de que el frente estaba a punto de hundirse. Esto resultó ser un error fatal, pues el ejército derrotado y los políticos desacreditados de la derecha se apresuraron a echar la culpa de la derrota a los débiles civiles que traicionaban a un ejército invicto que, según algunas versiones exaltadas, estaba a punto de lograr una victoria definitiva. La leyenda de la «puñalada por la espalda», que fue un arma tan poderosa en contra de la república, era parte esencial de la Acción Hintze. Muy pocos se dieron cuenta de que se les estaba metiendo en una trampa y Scheidemann fue casi el único en advertir al Partido Socialdemócrata parlamentario de que se trataba de una «empresa insolvente» y que los partidos mayoritarios estaban siendo utilizados como chivos expiatorios. El dirigente de su partido, Ebert, le censuró por olvidar sus deberes de patriota alemán y al día siguiente se incorporó al gobierno del príncipe Max como ministro imperial.

La revolución desde arriba parecía ir sobre ruedas hasta que de repente la Armada Imperial la sabotó. El Almirantazgo decidió enviar a la flota a presentar batalla a la Armada Real en el mar del Norte. Se tenía la esperanza de que esta misión suicida cumpliera varios propósitos. Restauraría el honor de la flota, que estaba algo

manchado después de dos años de inactividad. La flota de batalla, pues, no sería pasada por alto en el planeamiento militar de posguerra y sería considerada como una rama importante de las fuerzas armadas capaz de contribuir seriamente a las defensas de Alemania. Por último, se esperaba que la salida acabara con el engaño de que era necesario un armisticio. Los marineros no tenían ganas de jugar-se la vida en esta misión tan poco prometedora y se amotinaron. Se organizaron manifestaciones en Kiel en las que el desafío al Almirantazgo se mezclaba con exigencias políticas radicales. Por toda Alemania se celebraron mítines en apoyo de los marineros y por mucho que se echara la culpa del motín a agitadores extranjeros, al dinero británico o a células bolcheviques, no se consiguió detener las demandas en favor de reformas radicales, que iban mucho más lejos que las realizadas en octubre, y en favor de una paz inmediata. Parecía como si la revolución desde abajo se hubiera producido por fin.

Ebert le indicó a Groener, que había sustituido a Ludendorff en el alto mando, que la única forma de salvar a la monarquía era nombrando regente a uno de los hijos del emperador; pero ya era demasiado tarde. El 7 de noviembre, Kurt Eisner, un anarquista, se hizo con el poder en Múnich. El 9 de noviembre, el príncipe Max presentó su dimisión, justo antes de que el emperador anunciara su abdicación. En Berlín, los soldados se negaron a detener una manifestación masiva de los obreros de las fábricas y marineros revolucionarios que exigían un fin inmediato de la guerra. Horas más tarde, los generales echaron al emperador, enviándolo a pasar el resto de su vida en el exilio en Holanda.

En un encuentro algo extraño, el príncipe Max entregó el puesto de canciller a Ebert y, aunque no tenía derecho constitucional a hacerlo, tranquilizó la conciencia de los funcionarios y de los generales que se mantenían fieles al emperador pero que seguían ocupando sus cargos. El gobierno de Ebert estaba formado por su propio SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) y por el USPD (los socialistas independientes de izquierdas) y se llamó Consejo de Representantes del Pueblo. Philip Scheidemann apareció en el balcón del Reichstag y dijo a la muchedumbre congregada debajo: «¡Viva la República alemana!» Desde el balcón del Palacio Real de Berlín, Karl Liebknecht, portavoz del ala izquierda del movimiento obrero, proclamó ante una multitud igualmente grande y excitada la «República alemana libre y socialista». Ebert se quedó horrorizado ante

estas declaraciones y le dijo al príncipe Max que estaba «todavía intentando no romper los lazos de organización con el pasado», proponiendo que el príncipe Max se convirtiera en regente en un intento de salvar la monarquía. El príncipe, poco deseoso de mantener una relación tan incómoda y estrecha con los socialistas, le dijo a Ebert que pensaba que los asuntos de estado quedaban en buenas manos y se apresuró a retirarse a sus posesiones de Baden.

La izquierda había tomado la iniciativa. Los Representantes Revolucionarios, militantes que habían organizado las grandes huelgas durante la guerra, se reunieron en el Reichstag y convocaron elecciones para elegir consejos de obreros y soldados, a celebrarse el día siguiente en todas las fábricas y cuarteles de Berlín. Las elecciones se celebraron a la mañana siguiente, un domingo, y por la tarde todos los consejos se reunieron en el Busch Circus, en el lado oriental de Berlín. Aprobaron una resolución en apoyo del gobierno de Ebert, que incluía a Scheidemann y a Otto Landsberg por el SPD y a Hugo Haase, Wilhelm Dittmann y Emil Barth por el USPD; este último también actuaba como portavoz de los Representantes Revolucionarios. También se celebraron elecciones para un consejo ejecutivo de los consejos de soldados y obreros. Se esperaba que empujaran al gobierno de Ebert hacia la izquierda, pero el resultado fue que el SPD ganó por una mayoría de dos tercios. Los consejos de soldados y obreros, que surgieron espontáneamente por toda Alemania, eran, a ojos de la horrorizada burguesía, alarmantemente revolucionarios. Pero casi todos ellos estaban dominados por socialdemócratas moderados, sobre todo en el caso de los consejos de soldados, y en provincias aún más que en Berlín. Desde luego, no eran soviets al estilo leninista, y consideraban que su tarea principal era dar legitimidad democrática al cauteloso gabinete de Ebert.

La izquierda del USPD y la Liga Espartaco, que formaría el núcleo del Partido Comunista Alemán, tenían la esperanza de que el movimiento de los consejos madurara hasta convertirse en una alternativa auténticamente revolucionaria a la democracia burguesa y que hiciera posible reestructurar la sociedad según un modelo socialista. El SPD temía que esto fuera una posibilidad y estaba decidido a que Alemania fuera una democracia parlamentaria. Los representantes de un gigantesco aparato burocrático de partido, los «socialistas mayoritarios», desconfiaban profundamente de un movimiento que, con su fe en la democracia directa y la constante rendición de cuentas, era contrario a la idea de la línea de partido.

En realidad, la inmensa mayoría de los alemanes no se sentía obligada a elegir entre una democracia burguesa o soviética y las discusiones se centraban en la fecha de las elecciones parlamentarias. El USPD quería retrasarlas para tener tiempo de organizarse eficazmente y también para asegurarse de que se hicieran algunos cambios serios en la economía, el funcionariado y el ejército. El SPD quería que las elecciones tuvieran lugar lo antes posible, para que el país pudiera volver a la normalidad; se podrían evitar exóticos experimentos socialistas y con suerte el apoyo del ejército y de los industriales continuaría.

El ejército estaba aún más dispuesto que el SPD a que el país no cayera en manos de la izquierda revolucionaria. El 10 de noviembre, Groener había telefoneado a Ebert prometiéndole su apoyo, siempre y cuando aplastara el bolchevismo y el movimiento de consejos, convocara la Asamblea Nacional y restaurara «el orden». Ebert, firme autoritario que «aborrecía la revolución como al pecado», aceptó de buen grado. Los industriales también estaban dispuestos a llegar a un compromiso con el nuevo gobierno para protegerse de la izquierda. El 15 de noviembre, los representantes de los patronos y los sindicatos publicaron el Acuerdo Stinnes-Legien, según el cual los patronos reconocían a los sindicatos y el pleno derecho de éstos a la negociación colectiva, aceptaban que todas las compañías que emplearan a más de cincuenta trabajadores debían tener comités de empresa y juntas de arbitraje y admitían la jornada de ocho horas. A cambio, los sindicatos prometían respetar las relaciones de la propiedad capitalista y oponerse a cualquier experimento socialista.

Aunque el gobierno estaba en manos de los socialistas y aunque se habían hecho algunas concesiones importantes, la vieja clase dirigente seguía firmemente instalada al mando. Todos los funcionarios superiores continuaban en sus cargos y los importantes ministerios de Guerra y Justicia seguían bajo el control de conservadores que eran leales al antiguo régimen. Los dirigentes de la industria y las finanzas habían dado muestras de suficiente flexibilidad, lo cual garantizaba que nadie los tocara, y estaban aguardando el momento propicio, a la espera de volver a tomar las riendas de sus asuntos. Sobre todo, el ejército seguía al mando del antiguo cuerpo de oficiales, cuya autoridad sólo en contadas ocasiones había sido puesta en entredicho por los consejos de soldados. Aunque los consejos de soldados y obreros estaban lejos de ser revolucionarios y la inmensa mayoría de sus miembros era fiel al SPD, Ebert estaba decidido a

destruirlos. Por ello, aceptó el plan de Groener de enviar a Berlín diez divisiones del frente occidental. Debían llegar el 10 de diciembre, para que los consejos pudieran ser desmantelados antes de que el Congreso general de todos los consejos de Alemania se pudiera reunir el 16 de diciembre, como estaba planeado.

El ejército estaba tan deseoso de destruir a los consejos que no esperó hasta el 10 de diciembre. El día 6, los soldados de la guarnición de Berlín arrestaron al consejo de esta ciudad y otros atacaron una manifestación de la Liga Espartaco, con un balance de dieciséis muertos, y una unidad más marchó hasta la Cancillería y proclamó presidente a Ebert. Pero este curioso episodio terminó tan misteriosamente como había empezado. El consejo fue puesto en libertad y los soldados regresaron a sus cuarteles. Cuatro días más tarde, las tropas entraron en Berlín como estaba planeado. Ebert las recibió en la Puerta de Brandenburgo y les dijo: «¡El enemigo no os ha derrotado! ¡La unidad de Alemania está ahora en vuestras manos!» De esta manera, el dirigente socialista daba su apoyo a la leyenda de la «puñalada por la espalda», prácticamente admitía que el armisticio era una traición y reconocía al ejército como el principal soporte del nuevo régimen. Ningún militarista adicto al emperador podría haberlo hecho mejor.

Por desgracia para Ebert y Groener, los 75.000 soldados que entraron en Berlín el 10 de diciembre no tenían el menor deseo de destruir a los consejos y simplemente querían volver a casa por Navidad. A los pocos días, sólo 800 seguían en activo: apenas los bastantes como para llevar a cabo una contrarrevolución eficaz. El Congreso de los consejos se celebró y obedientemente votó a favor de unas prontas elecciones para la Asamblea Nacional y, por lo tanto, a favor de su propia disolución. Pero también aprobaron una resolución que resultó muy alarmante para el ejército. Votaron a favor de los llamados «Puntos de Hamburgo» para la democratización del ejército. Los oficiales serían elegidos, no habría ningún distintivo de rango, la disciplina estaría en manos de los consejos de soldados y el ejército estaría bajo estricto control civil.

El ejército reaccionó ante los Puntos de Hamburgo con gritos de protesta y amenazas de dimisión, pero también empezó a organizar el Cuerpo Libre: bandas mercenarias de aventureros de extrema derecha, al mando de generales que estaban decididos a destruir a la «jauría roja». No sólo las esvásticas que llevaban en los cascos las convirtieron en las precursoras de las bandas armadas de Hitler,

aunque el futuro Führer era por entonces un desconocido inválido ingresado en un hospital militar de provincias.

Algunos soldados simpatizaban con la izquierda y se organizaron formando la División Marina del Pueblo, que tomó posesión del palacio real y los establos adyacentes. Aunque estos soldados eran totalmente leales al régimen, Ebert y el comandante civil de Berlín Otto Wels estaban decididos a que abandonaran Berlín y por ello suspendieron las pagas para obligarlos a disolverse. Las negociaciones entre los dos bandos continuaron hasta el 23 de diciembre, día en que la división perdió la paciencia y ocupó la cancillería por un breve período de tiempo y cogió a Wels como rehén. Tras otra tanda de negociaciones, la división liberó a Wels, se retiró de las posiciones que ocupaba en el centro de Berlín y regresó al palacio. En la mañana del 24 de diciembre, el ejército abrió fuego sobre el palacio. Los soldados no estaban muy dispuestos a luchar, el pueblo de Berlín se manifestó en favor de la división y al final del día el ejército se retiró, dejando el control de la ciudad en manos de la división. Ebert hizo planes para retirar al gobierno de Berlín, pero no tenía por qué haberse preocupado. El pueblo de Berlín estaba más interesado en celebrar la Navidad que en iniciar una revolución. La división no tenía ningún programa político, se le pagó lo que se le debía y aceptó abandonar el palacio. Había contado con el apoyo de la clase obrera de Berlín, había derrotado a las tropas contrarrevolucionarias del general Lequis, pero no contribuyó de forma importante a la revolución alemana. No sacó provecho de la oleada de apoyo popular que disfrutaba y durante el levantamiento espartaquista de enero se limitó a observar pasivamente.

Como protesta contra el ataque a la División Marina del Pueblo, el USPD se retiró del Consejo de Representantes del Pueblo, para regocijo de Ebert, que pasó a llamar a su gabinete «Gobierno del Reich» para subrayar su respetabilidad. En la izquierda, la Liga Espartaco se transformó en el Partido Comunista de Alemania (KPD) a finales de diciembre, pero aunque el nuevo partido tenía dirigentes destacados como Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, estaba mal organizado y tenía poco apoyo. A principios de enero, el jefe de policía de Berlín, Emil Eichhorn, que era miembro del USPD, fue despedido. El USPD, los Representantes Revolucionarios y el KPD organizaron una inmensa manifestación en favor de Eichhorn. Algunos edificios gubernamentales y redacciones de periódicos fueron ocupados, pero no se hicieron planes para un levantamiento armado,

que bien podría haber tenido éxito de haber estado bien organizado. Ebert y Noske, que había hecho el famoso comentario de que «alguien debe ser el sabueso» y que había sustituido a uno de los miembros del USPD dentro del gabinete, enviaron al Cuerpo Libre y al ejército contra los manifestantes, desatando de esta manera un terror blanco. Liebknecht y Luxemburgo fueron brutalmente asesinados junto con otras 150 personas. En las semanas siguientes, según Noske, que no tenía motivos para exagerar, fueron asesinadas 1.200 personas más. Los asesinos nunca fueron castigados, Ebert guardó silencio, Noske expresó su satisfacción y la prensa del SPD insinuó que Liebknecht y Luxemburgo habían recibido lo que se merecían. La izquierda lo calificó de traición criminal del socialismo, la derecha lo llamó ley y orden. Sea como fuere, Ebert y su gobierno habían destruido eficazmente a la izquierda radical, la cual nunca se recuperaría de su terrible derrota de enero de 1919.

Aunque estos hechos se han llamado en los libros de historia la «revuelta espartaquista», el KPD tuvo un papel secundario. Lejos de ser un intento decidido por parte de bolcheviques sin escrúpulos de derrocar al régimen, fue una manifestación irreflexiva y caótica por parte del desorganizado Frente Popular en contra del giro derechista del gobierno de Ebert. El gobierno había empleado tropas de ultraderecha contra personas que en muchos casos eran leales al SPD, aunque lo criticaran, y había condonado el asesinato. Tan grande era su culpabilidad que tenía un motivo tan fuerte como la derecha para asegurar que había hecho uso de medidas extremas para salvar a Alemania del comunismo. Era una sórdida mentira, pero ha persistido.

Mientras el Cuerpo Libre se desbocaba por Alemania aplastando a la izquierda militante, el 19 de enero se celebraron elecciones a la Asamblea Nacional. El resultado fue la victoria de los partidos republicanos moderados. El SPD obtuvo 163 de los 421 escaños, el Partido de Centro 91 y el liberal Partido Democrático Alemán (DDP) 75. El KPD se negó a participar en las elecciones, pero habría tenido poco éxito. El USPD sólo obtuvo 22 escaños.

El 11 de agosto de 1919, Ebert, como presidente de la República, firmó la nueva constitución. Era un documento totalmente liberal y democrático, pero era un desafortunado compromiso entre el concepto de la representación y el del plebiscito. El Reichstag sería elegido por sufragio universal, con representación proporcional. Esto ofrecía a los partidos escindidos una oportunidad mucho mejor de

estar representados y, dadas las divisiones políticas dentro de Alemania, hacía prácticamente imposible que ningún partido obtuviese la mayoría absoluta: incluso la formación de gobiernos de mayoría se dificultaba enormemente. La representación proporcional aumentaba la tendencia de los partidos políticos a convertirse en intransigentes grupos de interés, pues había pocos votos indecisos que ganar. En contraste con la Asamblea legislativa, el presidente era elegido directamente por el pueblo, tenía un mandato de siete años y tenía amplios poderes. El gobierno dependía del apoyo del Reichstag, que de esta manera tenía total autoridad legislativa, pero sólo el presidente podía nombrar y cesar gobiernos. La legislación también se podía iniciar mediante el plebiscito. Los poderes extraordinarios otorgados por el artículo 48 de la Constitución daban al presidente prácticamente poderes dictatoriales. Dado que las ideas antidemocráticas estaban cada vez más en auge tanto en la derecha como en la izquierda, y dadas las divisiones y los antagonismos dentro de las bases de los partidos democráticos, se fue considerando al presidente cada vez más como el auténtico representante del pueblo. Como iba siendo más difícil formar un gobierno de mayoría, había una tendencia correspondiente a buscar una solución autoritaria para los problemas constitucionales mediante el empleo de decretos presidenciales y a eludir los compromisos y la tolerancia necesarios para el funcionamiento de una democracia parlamentaria. El artículo 48, que había sido pensado para hacer frente a fuertes emergencias, se iba a convertir en un arma para destruir un sistema parlamentario odiado y abrir el camino a la dictadura. Oskar Cohn, del USPD, fue el único que advirtió de los peligros inherentes a esta disposición. El Reichstag sólo tenía autoridad retroactiva para controlar el empleo del párrafo 48, pero durante toda la República de Weimar se apresuró a disminuir su autoridad aprobando leyes de emergencia que se empleaban para asuntos tan ajenos a la emergencia como la reforma judicial. Los tribunales no tenían el menor control sobre el uso del artículo 48, que se empleaba con frecuencia para tratar problemas económicos, fiscales y sociales. En 1924, por ejemplo, cuando ya se había acabado la emergencia del año anterior, se utilizó como base para cuarenta y dos decretos. No es de extrañar que un político antidemocrático como Brüning lo utilizara en lugar de molestarse en elaborar trabajosamente los compromisos necesarios para formar un gobierno de mayoría. En 1932, se aprobaron sesenta leyes por decreto y sólo cinco por la legislación parlamentaria normal.

Como presidente, Hindenburg se resistió con éxito al intento por parte del gobierno de Marx de limitar los poderes extraordinarios del presidente y poco se interpuso en el camino de los que planeaban utilizar un régimen presidencial para socavar la democracia parlamentaria.

Mientras el Reichstag discutía los detalles de la Constitución, las sesenta y ocho unidades «oficiales» del Cuerpo Libre compuestas por casi 400.000 hombres continuaron su ofensiva contra los consejos, aunque, como demostraron los resultados de las elecciones, la inmensa mayoría de ellos era leal al SPD. Aplastaron a la República Soviética Bávara, matando a unas 1.200 personas en las represalias que siguieron a la captura de Múnich, entre ellas a una serie de mujeres (*Spartakistenweiber*) que fueron torturadas y asesinadas. El asesinato de veintiún aprendices católicos a quienes se los confundió con seguidores del grupo Espartaco causó cierto malestar en círculos respetables y el Cuerpo Libre se sintió obligado a detener la ejecución sumaria de todos los que consideraban sospechosos.

En marzo de 1920, se hizo evidente que el auténtico peligro para la democracia no procedía de la izquierda, sino del Cuerpo Libre, que Ebert había utilizado como el apoyo principal de su régimen. La «Brigada Ehrhardt», también conocida como los «Bomberos de Noske», era famosa por su extremismo y por su odio hacia los «criminales de noviembre» que estaban en el gobierno. En febrero, Noske ordenó al general Lüttwitz, que estaba al mando de todas las tropas irregulares de Alemania, que disolviera la brigada. El se negó. En lugar del cese inmediato de Lüttwitz, hubo una serie de discusiones entre el general, Ebert y Noske. Lüttwitz exigió la disolución del Reichstag, un gobierno burgués nacionalista y la supervivencia de la Brigada Ehrhardt. Noske exigió su dimisión. Lüttwitz respondió ordenando a la Brigada Ehrhardt que ocupara Berlín, que ahuyentara al gobierno y que estableciera un régimen de extrema derecha al mando de Wolfgang Kapp. Noske ordenó a las unidades del ejército y a las fuerzas de seguridad que protegieran los edificios gubernamentales, pero no tardaron en negociar con los rebeldes. Cuando se le pidió que defendiera al gobierno, el jefe del Estado Mayor General, von Seeckt, replicó que «los soldados no disparan a los soldados» y dijo que no tenía «la menor intención de dirigir una maniobra con munición viva entre Postdam y Berlín». Ebert y el gobierno no vieron más alternativa que huir a Dresde y dejar la capital en manos de los rebeldes. Tras haberse pasado el año anterior

lanzando advertencias contra el peligro de las huelgas, ahora el SPD convocó una huelga general en contra de los que le habían hecho el trabajo sucio y a los que ahora tachaban de «criminales bálticos», olvidando cómodamente que habían luchado contra los bolcheviques en el Báltico con el pleno apoyo del gobierno. En Dresde, Ebert y Noske fueron arrestados por uno de sus propios títeres, el general Maercker, tras haber negado que ellos hubieran firmado la convocatoria de una huelga en la que figuraban sus nombres. Poco después consiguieron escapar ignominiosamente a Stuttgart.

La huelga general fue un éxito total y el USPD y el KPD decidieron que Ebert y Noske, a quienes acusaron del asesinato de Luxemburgo y Liebknecht, eran un mal preferible a Kapp y Lüttwitz. Con el país paralizado, los rebeldes estaban impotentes y el golpe de Kapp se vino abajo. A Lüttwitz y a Ehrhardt se les permitió escapar al extranjero y Kapp se fue a Suecia, donde falleció de muerte natural en 1922.

El golpe de Kapp convenció a muchos socialistas y comunistas de los peligros de la alianza del SPD con las fuerzas contrarrevolucionarias. En Sajonia, Turingia y la región industrial de Renania-Westfalia la huelga en contra del golpe se convirtió en manifestaciones masivas exigiendo que se completara la revolución de 1918-19 para que no volviera a pasar nada semejante. Se crearon bandas armadas: en la región del Ruhr se formó un Ejército Rojo que contaba con varias divisiones. Ante esta nueva amenaza de la izquierda, el vicecanciller y ministro de Justicia, Eugen Schiffer, del DDP, decidió que el auténtico peligro procedía de los «bolcheviques», no de la extrema derecha, y empezó a negociar con Kapp. Con el hundimiento del golpe, Schiffer tuvo que dimitir del gabinete, pero la alianza entre el gobierno, el ejército y el Cuerpo Libre contra las fuerzas de la izquierda que él había propuesto se logró con el nuevo canciller, Hermann Müller, del SPD. El Reichstag y el Cuerpo Libre consideraban a cualquiera que hubiera defendido abiertamente la república en contra de Kapp y Lüttwitz como a un bolchevique y pensaban que su deber patriótico era destruir a todos estos peligrosos elementos. La región del Ruhr fue sometida a un terror blanco tan horroroso como el que había sufrido Berlín en 1919 y sólo se salvó de una mayor brutalidad gracias sobre todo a la llegada de las tropas francesas enviadas para hacer cumplir el Tratado de Versalles y para detener esta violación de la desmilitarización de Renania.

El golpe y las protestas habían acabado, pero prácticamente nadie

tuvo que rendir cuentas por traición y asesinato. A todos los dirigentes del golpe se los dejó libres. Sólo tres golpistas fueron llevados a juicio: uno recibió una sentencia muy suave, los otros dos fueron puestos en libertad. Nadie recibió un serio castigo por las innumerables brutalidades cometidas por los blancos. Muchos que habían defendido lealmente la república habían sido condenados por consejos de guerra a largas penas de prisión, cientos fueron ejecutados en el acto, otros asesinados en estallidos de furia ciega. No es de extrañar que los resultados de las elecciones de 1920 fueran una aplastante derrota para el SPD y los demás partidos de Weimar. Once millones y medio de votantes habían apoyado al partido en 1919, ahora sólo consiguió 5,6 millones de votos. Los demócratas bajaron de 5,7 millones de votos a 2,2 millones; el Centro bajó de 6 millones a 3,5. En la izquierda, el USPD aumentó su número de seguidores, pasando de los 2,3 millones de 1919 a 4,9 millones, y el KPD, que se presentaba a sus primeras elecciones, obtuvo 440.000 votos. En la derecha, el Partido Nacional Liberal (DVP) aumentó su número de votos de 1,6 a 3,6 millones, el DNVP de 2,9 millones a 3,7. Las elecciones marcaron el final de la coalición «negra, roja y dorada» de los partidos de Weimar bajo el liderazgo del SPD, que ahora vivía atemorizado bajo la constante amenaza de la izquierda y la derecha. El proceso democrático estaba paralizado y sólo en circunstancias excepcionales se pudo formar una insegura coalición entre el SPD y el DVP, que se vino abajo por la presión de ambos extremos. La derecha fue la auténtica ganadora en 1920, pues no sólo fue su proporción de votos la que registró el mayor aumento, sino que además los vencedores de la izquierda, el USPD, estaban desastrosamente divididos entre sí y el partido no tardaría en disolverse. El éxito de la izquierda era más aparente que real y bastó para animar a los poderosos propagandistas del «peligro rojo» a dejar volar de nuevo la imaginación, pero no era suficiente para fomentar un intento decidido de lograr la unidad de la izquierda. Los socialistas votaron al USPD porque no deseaban votar ni al SPD ni al KPD. El partido tenía pocas cosas positivas que ofrecer.

Como resultado de estas elecciones se formó un nuevo gobierno bajo la dirección de Fehrenbach, un político del Centro cuyo gabinete estaba constituido por miembros del DDP y del partido del gran capital y los monárquicos, el DVP. Como gobierno de minoría, tenía que confiar en el apoyo del SPD. Este se lo dio por temor a que las nuevas elecciones fortalecieran aún más a la derecha o que el país se hiciera ingobernable.

El gobierno de Fehrenbach dimitió para evitar el oprobio de aceptar la factura en concepto de reparaciones de los Aliados que se presentó en la Conferencia de Londres de marzo de 1921. El DVP dejó el gobierno para no romper con la derecha nacionalista y el SPD regresó a la coalición. El nuevo canciller era Joseph Wirth, del ala izquierda del Centro, y la figura más destacada del gabinete era Walter Rathenau, un industrial e intelectual que era especialmente detestado por la derecha por ser judío y por la «política de cumplimiento» hacia los Aliados que Wirth y él aplicaban. Rathenau fue asesinado en junio de 1922 por antiguos miembros de la Brigada Ehrhardt. Wirth dijo en su entierro que «el enemigo está en la derecha» e hizo todo lo que pudo por defender a la República de estos elementos. Sin embargo, sus esfuerzos estaban abocados al fracaso, porque los tribunales no hacían valer las leyes que él introducía para proteger al Estado y a sus servidores de los desmanes de la derecha. La propuesta de Wirth de hacer volver al DVP con Stresemann al gabinete fue atacada por el SPD. Stresemann apoyaba los intentos de detener el terror de la derecha y aceptaba la necesidad de mejorar las relaciones con la Entente demostrando la voluntad de aceptar los términos del Tratado de Paz. Incapaz de encontrar una solución a los problemas de las reparaciones y de la creciente inflación, enfrenteado a un giro hacia la derecha dentro de su propio partido e incapaz de detener los excesos de la derecha, Wirth presentó su dimisión. Cuno, que no pertenecía a ningún partido y que era director gerente de la línea Hamburgo-América, formó un nuevo gabinete de «expertos»: hombres de negocios cercanos al DVP o a la extrema derecha del Centro y que aseguraban poder ofrecer los conocimientos prácticos necesarios para solventar la crisis económica que a los simples políticos les eran tristemente ajenos. En lugar de ello, presidieron una inflación tan espectacular que se convirtió en el ejemplo clásico de una economía enloquecida.

La inflación de 1923 tuvo muchas causas. Los enormes costes de la guerra se habían soportado mediante créditos, al suponerse que Alemania ganaría la guerra y que el enemigo sería obligado a pagar a una escala mucho mayor que la impuesta a Alemania por el Tratado de Paz. La desmovilización y el paso a una economía de paz necesitaban más inversiones a las que no se podía hacer frente sin pedir prestado más dinero. La escasez de alimentos y productos manufacturados al final de la guerra produjo un brusco aumento de los precios. La falta de confianza condujo a la pérdida de capital y

a una especulación generalizada contra el marco y las reservas de oro se vieron mermadas por la exigencia de pagar las reparaciones en marcos oro. El presidente del Reichsbank, Havenstein, pensó que podría superar la inflación acuñando más dinero. Ciento cincuenta imprentas lucharon por hacer frente a esta insaciable demanda de papel moneda, pero el remedio resultó ser mucho peor que la enfermedad.

El Estado tenía intereses creados en la inflación, pues parecía una forma barata de saldar sus deudas y de convencer a los Aliados de que sus exigencias en concepto de reparaciones estaban totalmente desproporcionadas con respecto a la capacidad de pago de Alemania. La industria también se beneficiaba sustanciosamente empleando una moneda devaluada para saldar las deudas importantes, otorgando pactos salariales aparentemente generosos y haciendo inversiones que iban a ser pagadas con un dinero sin valor. Con un Estado dominado por los «criminales de noviembre» y amenazado por las ávidas potencias aliadas, casi se convirtió en un deber patriótico evadir impuestos y especular contra el marco. En 1914, un dólar valía 4,20 marcos; en julio de 1919, 14 marcos; en 1921, 64,90; en enero de 1922, valía 191,80, pero Hugo Stinnes, que se benefició de la inflación más que ningún otro industrial, anunció orgullosamente en 1922 que siempre se había opuesto con firmeza a cualquier intento de estabilizar el marco y no veía motivos para cambiar de opinión. En enero de 1923 el dólar valía 17.972 marcos, y a finales de año no valía ni el papel en el que estaba impreso. Para entonces hacían falta 4.420.000.000.000 marcos para comprar un dólar americano.

A pesar de las amplias variaciones entre las distintas industrias y entre la mano de obra cualificada y la no cualificada, los auténticos salarios estaban en casi todos los casos por debajo del nivel de 1913 y los intentos de demostrar lo contrario no resultan muy convincentes. Los salarios fluctuaban enormemente, se hundieron en marzo de 1922 y en 1923 se pagaban con billetes sin valor alguno. La clase obrera disfrutaba de pocos de los beneficios de la expansión industrial y el empuje de las exportaciones que fomentaba el gobierno activamente, pues esta política aumentaba el déficit, incrementaba la inflación y por lo tanto devaluaba los salarios.

La inflación acabó con los ahorros de la clase media. Los que habían adquirido obedientemente préstamos de guerra se quedaron sin nada. Los funcionarios, en especial los del nivel más alto de la escala salarial, sufrieron una severa merma de su nivel de vida y las

cláusulas militares del Tratado de Versalles hicieron que un gran número de oficiales pasara al retiro con unas pensiones devaluadas continuamente. Pero su situación era envidiable comparada con la de los cientos de miles de desdichados soldados licenciados y las viudas de guerra, por quienes se hizo bien poco. Esta expropiación de la clase media fue el extraordinario logro no de un grupo decidido de revolucionarios socialistas, sino de sólidos políticos burgueses que defendían con firmeza los principios de la propiedad privada y la libre empresa. Este grupo de víctimas cuyas no les echó la culpa de la inflación. La atribuían a las maquinaciones de los «criminales de noviembre», al progresivo socialismo o a las siniestras intrigas de la comunidad judía internacional. Engrosaron las filas de los partidos de derecha que estaban dedicados a acabar con la República democrática y más tarde formarían la espina dorsal del Partido Nazi.

Aunque Alemania había logrado una serie de concesiones en el tema de las reparaciones, entre ellas un acuerdo firmado en agosto de 1922 en el sentido de que no se exigiría ningún pago hasta que la economía no hubiese mejorado, los pagos en especie se atrasaron gravemente. En enero de 1923, las tropas francesas y belgas entraron en Renania para garantizar el cumplimiento de estas entregas. El gobierno hizo un llamamiento a la resistencia pasiva. La economía se paralizó, lo cual hizo mucho más daño a los alemanes que a los franceses. Los que hacían lo que pedía el gobierno y dejaban de trabajar eran pagados con puñados de marcos totalmente carentes de valor, pues los paros en el trabajo causaron una hiperinflación. La resistencia pasiva fue una impresionante demostración de unidad nacional y reavivó parte del lejano espíritu de 1914, pero fue un completo fracaso. El 12 de agosto, Cuno presentó su dimisión y Stresemann formó un gobierno de coalición que aglutinaba desde su propio DVP hasta el SPD. Pidió el fin de la resistencia pasiva, se puso a trabajar para aliviar la carga de las reparaciones y para revisar el acuerdo de paz: no por la confrontación, sino mediante la negociación y ocultando hábilmente sus propósitos a largo plazo al profesar su dedicación a la comprensión internacional y a los principios de la Sociedad de Naciones.

Había muchos que albergaban la esperanza de utilizar la crisis de la «lucha por el Ruhr» para hacer caer a la República. Hubo un golpe de Estado fallido en Küstrin y el KPD hizo un intento poco preparado de hacerse con el poder en Hamburgo, repitiendo un golpe igualmente inútil que había tenido lugar en 1921. En Sajonia

y Turingia hubo un movimiento hacia la izquierda y se formaron gobiernos del SPD en ambos estados que contaban con miembros del KPD. Stresemann pensó que estos movimientos perfectamente constitucionales y democráticos eran una grave amenaza y no tardó en enviar al Reichswehr para derrocar a ambos gobiernos.

El gobierno no demostró en absoluto la misma decisión al ocuparse de Baviera. El presidente von Kahr y el comandante de la VII División, von Lossow, desafiaron abiertamente al gobierno de Berlín, afirmando que estaba bajo «influencia marxista». En toda Alemania, la extrema derecha confiaba en que Baviera acabara con la República, pero Kahr y su gobierno vacilaban. Se celebró una reunión en el *Bürgerbräukeller* de Múnich, en la que Kahr se iba a dirigir a los hombres de negocios, los granjeros, los sacerdotes y los representantes de la derecha más moderada para ver cómo reaccionaban. Tras treinta minutos de bromas amistosas, el acto fue interrumpido por la llegada de Adolf Hitler y sus SA, que anunciaron falsamente que tras ellos estaban la policía y el ejército. El general Ludendorff apareció en el lugar y se unió al intento de convencer a Kahr para que apoyara la «revolución nacional». A la mañana siguiente, en el quinto aniversario de la «revolución» del 9 de noviembre de 1918, Hitler y Ludendorff desfilaron por las calles de Múnich. Sin embargo, Kahr había vuelto a considerar su situación y decidió oponerse a Hitler. Su propósito era restablecer la monarquía bávara y separarse del Reich, no apoyar la idea de Hitler de una «marcha sobre Berlín» en un intento de convertirse en el Mussolini alemán. El cuerpo de policía de Múnich se puso de parte de Kahr, abrió fuego sobre el desfile y el golpe de Hitler terminó en una huida aterrorizada. Los dirigentes del golpe fueron llevados a juicio. Ludendorff fue puesto en libertad y Hitler pasó menos de un año en una cómoda cárcel dictando *Mein Kampf* a su íntimo amigo Rudolf Hess. En opinión del tribunal, eran patriotas decentes, aunque demasiado entusiastas. Ebert le había pedido a Seeckt que eligiera entre el golpe y la república, pero una vez más el ejército se mantuvo al margen. Seeckt anunció que el ejército no toleraría ninguna «intervención desautorizada en los asuntos del Reich», pero era la policía la que actuaba, no por el bien de Alemania y su gobierno republicano, sino por Baviera, que seguía siendo un buen terreno para toda clase de extremistas de derechas.

Aunque la República sobrevivió, Stresemann se tuvo que ir. Los nacionalistas no le podían perdonar el abandono de la «lucha por el

Ruhr» y la izquierda estaba descontenta por el contraste entre el trato de este gobierno a la izquierda de Sajonia y Turingia y el trato a la derecha de Baviera. Marx, del Centro, formó un nuevo gabinete, con Stresemann como ministro de Asuntos Exteriores. Marx, desilusionando a la derecha, no empleó la ley de emergencia para deshacerse del Reichstag, ni acudió a la ley de Estado de Sitio para establecer una forma de gobierno autoritario. La reforma monetaria en noviembre de 1923 terminó con la inflación y el nuevo *Rentensmark* se mantuvo notablemente estable. Las elecciones en Gran Bretaña y Francia dieron como resultado los gobiernos de tendencia izquierdista de Ramsay MacDonald y Herriot, los cuales aceptaron de buen grado las propuestas de un financiero americano, Dawes, para ayudar a Alemania a cumplir con los pagos de las reparaciones. Su plan se publicó en abril de 1924.

El final de la «lucha por el Ruhr», la reforma monetaria y el Plan Dawes estabilizaron la economía y la democracia parlamentaria parecía funcionar relativamente bien. Se puede ver que esto se debía casi exclusivamente a la relativa prosperidad del período por el hecho de que tan pronto como la economía dio un serio bajón en 1929, Alemania se vio inmersa de nuevo en una grave crisis política. Ninguno de los problemas políticos subyacentes se había resuelto en este pacífico período de la historia de la República de Weimar.

Esta estabilidad política superficial se basaba en la renuente cooperación de los dos partidos de derechas, el DVP y el DNVP, con el proceso parlamentario. El DVP de Stresemann estaba decidido a revisar el acuerdo de Versalles, ocultando astutamente sus propósitos más excesivos, y en política interna tendía a caer en el acoso insensato a la izquierda, pero desde 1920 se convirtió en un partido de *Vernunftrepublikaner*: hombres que aceptaban el régimen, pero que no se sentían atados emocionalmente al mismo. El DNVP no había abandonado del todo la idea de hacerse con el poder por medio de un golpe militar, pero después de 1923 empezó a plantearse la idea de entrar en el gobierno por medios constitucionales. Incapaz de derrotar a la República, decidió unirse a ella, pero sólo para sacarle todo lo que pudiera. Así pues, aunque el DNVP pensaba que el Plan Dawes no era más que una versión revisada del *Diktat* de Versalles, se daba cuenta de que algo se podría obtener de ello mediante créditos y la reforma arancelaria.

La derecha decidió que tenía que abandonar su estado de perpetua oposición y conseguir un cierto grado de poder político, si que-

ría sobrevivir como movimiento político viable; pero la izquierda decidió que 1923 había sido una lección práctica sobre las virtudes de la abstinencia. Esto quiso decir que entre 1924 y 1928 los gobiernos estaban en minoría y dependían de la buena voluntad de los socialdemócratas o eran gobiernos de mayoría en una coalición especialmente difícil con la derecha. Stresemann podía contar con el apoyo de la izquierda a su política exterior y utilizó hábilmente los gritos de protesta de los nacionalistas contra los Pactos de Locarno y la Sociedad de Naciones para obtener concesiones de Francia y Gran Bretaña. Este tipo de consenso no era posible en política interior. El SPD representaba los intereses del movimiento obrero organizado, el DVP los de la industria, el DNVP a los agrarios y prácticamente no había nada en común entre ellos. El DVP quería aumentar la exportación de productos manufacturados alemanes y por ello favorecía el descenso de los aranceles. El DNVP quería proteger a la agricultura alemana y por tanto quería que los aranceles volvieran al nivel impuesto por Bülow en 1902. Ambos partidos se oponían a los abusos del movimiento obrero organizado, en especial los agrarios, pues los trabajadores agrícolas disfrutaban ahora de los mismos derechos que cualquier otro trabajador para apuntarse en un sindicato y restringir su trabajo. Por otra parte, el DVP estaba perfectamente preparado para buscar el apoyo del SPD en contra del DNVP, lo cual hizo en 1926, pero el DNVP nunca tuvo en cuenta esta alianza.

El gran ganador de las elecciones de mayo de 1924 fue el DNVP, con 95 escaños por los 100 del SPD. Con el apoyo de unos cuantos grupos escindidos de la derecha era la mayor facción del Reichstag. Su intento de lograr que el almirante Tirpitz fuera nombrado canciller fracasó y la coalición de derechas se deshizo. Marx formó un nuevo gabinete con los partidos moderados que fue tolerado por el SPD, pero se vino abajo por los ataques constantes y a menudo groseros del DNVP. Se celebraron nuevas elecciones el 7 de diciembre y en ellas la extrema izquierda y la extrema derecha sufrieron graves pérdidas. Los nazis, que obtuvieron 32 escaños en mayo, tenían ahora 14; el KPD bajó de 62 escaños a 45. El SPD fue el principal ganador con 131 escaños y el 26% de los votos. El doctor Hans Luther, que no pertenecía a ningún partido, formó un gabinete de «expertos», eufemismo que tapaba a un grupo de hombres que tenían sólidas convicciones nacionalistas y que sentían menos apego aún por la República que los *Vernunftrepublikaner*. El nuevo go-

bierno planeaba deshacer muchos de los logros sociales de 1918-19, incluida la jornada laboral de ocho horas, y abandonar el plan de mejorar los subsidios de desempleo. Esto provocó tal reacción por parte de la izquierda que faltó muy poco para que resucitaran los días del golpe de Kapp. Y de repente, el 28 de febrero de 1925, Friedrich Ebert murió.

La primera ronda de elecciones presidenciales demostró que si la izquierda hubiera sido capaz de unirse a los partidos del centro, podrían haber garantizado la elección de su candidato. Pero el KPD y el SPD no consiguieron llegar a ningún acuerdo de este tipo. En la segunda ronda, el KPD presentó a su deslucido dirigente, Thälmann, los partidos de la coalición de Weimar al ex canciller Marx y la derecha escogió a Hindenburg, que obtuvo una apretada victoria.

Stresemann temía que la elección de Hindenburg hiciera más difícil su labor de llegar a un entendimiento con Gran Bretaña y Francia, pero no fue así. Los Acuerdos de Locarno firmados en 1925 fueron aceptados en el Reichstag por 291 votos a favor y 174 en contra, aunque el DNVP abandonó el gabinete como protesta contra lo que le parecía un acuerdo unilateral. Poco después, el gobierno dimitió, pero Luther formó un nuevo gabinete en enero de 1926 que excluía al SPD y al DNVP. Ocupó el cargo durante menos de cuatro meses y fue obligado a dimitir cuando intentó ordenar a la Armada que utilizara la antigua enseña negra, blanca y roja de la Marina Mercante Imperial. Marx, el gran coordinador, volvió para formar su tercer gabinete. El ministro de Trabajo, Heinrich Brauns, del Centro, se esforzó por vencer la desconfianza del SPD introduciendo una ley de seguro de desempleo que fue la última gran muestra de legislación social de la República de Weimar. Este bloque burgués se deshizo cuando el Centro y el DNVP trataron de introducir una ley para crear colegios confesionales para protestantes y católicos. Esto resultaba inaceptable para el DVP, que se retiró de la coalición.

Las elecciones de mayo de 1928 dieron un balance de pérdidas para la derecha, ya que el DNVP perdió dos millones de votos y los nazis sólo obtuvieron 12 escaños. El SPD aumentó el voto, pasando del 26 al 30% y obteniendo 152 escaños. Una serie de extraños partidos pequeños situados a la derecha del centro consiguió más del 13% del voto y esto contribuyó en gran medida a compensar el giro hacia la izquierda. Se formó un nuevo gabinete con Hermann Müller, que regresaba como canciller después de ocho años para presidir el último gobierno de la República de Weimar que sería

dirigido por un socialdemócrata. Hindenburg estaba encantado con el nombramiento y se dice que comentó que Müller era el mejor canciller que había tenido y que lo único que tenía de malo era ser socialdemócrata. La derecha todavía tenía que recuperarse del susto de la derrota y hubo poca oposición al programa de Müller sobre legislación social, construcción de viviendas, subsidios para la agricultura, reducción de los tipos de interés y el intento de que Gran Bretaña y Francia aceptaran el desarme, el ajuste del tema de las reparaciones y la evacuación de Renania.

Esto no fue más que la calma que precede a la tormenta. El magnate de la prensa derechista, Hugenberg, decidió ocuparse de la dirección del DNVP y organizar un asalto global a la República que a los nacionalistas les parecía tan alarmantemente estable. Hugenberg tenía unos cuantos triunfos en la mano: contaba con el apoyo tácito del presidente, el cuerpo de oficiales, la mayoría de los jueces y los funcionarios de alto rango, muchos banqueros e industriales, destacados clérigos protestantes y un numeroso sector de la clase media. Poseía un inmenso imperio periodístico y cinematográfico que dominaba toda Alemania con la excepción de Berlín. También contaba con el apoyo de la asociación de veteranos *Stahlhelm*, con sus 500.000 miembros.

El *Stahlhelm* estaba dirigido por un fabricante de soda de opiniones relativamente moderadas, Franz Seldte, y por un radical, Theodor Duesterberg, cuyo extremismo era de tal calibre que sus admiradores pasaban por alto con mucho tacto su origen judío. En septiembre de 1928, la rama de Berlín-Brandenburgo del *Stahlhelm* publicó una declaración que atacaba a la República y a todos los que la gobernaban o que se comprometían con el sistema. Esto estaba pensado para alejar al DNVP de la derecha moderada y para hacer un llamamiento directo al NSDAP de Hitler a unirse a un esfuerzo combinado para derribar a la República. La declaración podría haber salido directamente de un nazi, pues decía en parte: «Odiamos la actual estructura del estado con todo nuestro corazón, pues nos niega la posibilidad de liberar a nuestra Patria esclavizada, de apartar del pueblo alemán la mendaz culpa de la guerra y de obtener espacio vital (*Lebensraum*) en el este.»

Hitler respondió a esta oferta uniéndose a Hugenberg y a Seldte en un comité para celebrar un referéndum contra el Plan Young que había sido anunciado en septiembre de 1929 y que permitía a Alemania reducir el pago de las reparaciones en cientos de millones de

marcos. Para la extrema derecha cualquier reparación era demasiado, pues implicaba aceptar la «mentira de la culpa de la guerra». Exigió que el canciller, sus ministros y todos los representantes del gobierno fueran acusados de alta traición. El doctor Josef Goebbels se sintió amargamente desilusionado cuando Hindenburg no fue incluido en esta lista de criminales. El referéndum sobre el Plan Young fue un fracaso para el DNVP, pues ni siquiera todos los miembros del partido lo apoyaron, pero fue un importante paso adelante para Hitler. Se le dio la bienvenida al círculo encantado de la derecha «respetable» y estableció útiles contactos con hombres poderosos e influyentes. Fue aclamado en la prensa de Hugenberg y, por abandonar el intento de atraer a la clase obrera hacia sus opiniones y concentrarse en las clases medias, iba a obtener un firme apoyo, primero a nivel local, pero poco después con el impresionante progreso de su partido en las elecciones de septiembre de 1930. Los nacionalistas pensaban ilusamente que Hitler haría de «tamborilero» y emplearía sus extraordinarias habilidades políticas para ganar apoyo para un movimiento que seguiría bajo el control de Hugenberg y sus secuaces. No serían los últimos en albergar tales ilusiones.

El fracaso del referéndum sobre el Plan Young fue en realidad un voto de confianza para el gobierno de Müller, pero ya se estaba empezando a desmoronar. El 3 de octubre de 1929, Stresemann murió de repente a la edad de cincuenta y un años. Figura destacada de la república desde 1923, tuvo un papel esencial a la hora de salvar las diferencias entre los partidos moderados y la derecha, entre el negro, rojo y amarillo de la república y el negro, blanco y rojo del antiguo Reich. Pero un problema inmediato más grave afectaba a los subsidios de desempleo. Con un paro cada vez mayor desde el invierno de 1928-29, el fondo estaba vacío. El DNVP exigía abandonar totalmente el seguro de desempleo. Los grupos de patronos proponían que las pagas se recortasen drásticamente. El SPD proponía que las contribuciones al fondo aumentarían pasando del 3% de la renta de un trabajador al 3,5%. Como la mitad de estos costes los soportaba el patrón, los partidos burgueses protestaron con vehemencia, pero el día en que murió Stresemann aceptaron de mala gana y el gobierno de Müller sobrevivió a la crisis. Dos semanas más tarde se produjo el «Viernes Negro» de Wall Street. Alemania no pudo conseguir prestado más dinero de Estados Unidos y el paro siguió creciendo a un ritmo todavía más alarmante. En enero de 1930 había más de tres millones de parados. El SPD pidió otro aumento de las

contribuciones al desempleo en un 0,5% de los ingresos. Los partidos burgueses querían reducir las contribuciones, reducir los salarios y subir los impuestos de bienes como el tabaco. Al mismo tiempo, se producía una feroz discusión entre los partidos del gobierno sobre si se aceptaba o no el Plan Young ahora que la crisis económica era tan grave que no era probable que Alemania pudiera satisfacer ni siquiera estos pagos reducidos.

El SPD probablemente habría aceptado olvidar la demanda de un aumento del 0,5% de no haber sido por la decidida oposición de los sindicatos, representados en el gabinete por el ministro de Trabajo, Rudolf Wissell, que había estado en el Consejo de representantes del pueblo en diciembre de 1918. Sabía muy bien que ceder en este punto animaría a los patronos a reducir los salarios y a recortar los subsidios. Convenció al SPD de que efectivamente así era. Los partidos burgueses no quisieron cambiar de opinión y la coalición se derrumbó. Hugenberg, el presidente del Reichsbank, Schacht, y sus amigos de la industria y las finanzas habían destruido, sin darse cuenta, la democracia en Alemania. Como comentó el ministro de Hacienda, Rudolf Hilferding: «Por 30 pfennigs han permitido que la República alemana se vaya al diablo.»

El nuevo canciller fue Heinrich Brüning, un hombre oriundo de Westfalia prácticamente desconocido y gris que pertenecía al Centro. El general Kurt von Schleicher, jefe de la oficina política del ministerio del Reichswehr, se jactaba de haber descubierto a Brüning y de que su nombramiento se debía a los consejos que él y Groener habían dado a Hindenburg. Brüning llamó a su gobierno «gabinete de soldados del frente» y era fuertemente conservador y nacionalista. En su primer discurso al Reichstag, advirtió que éste sería el último intento de establecer un gobierno parlamentario y que emplearía decretos de emergencia de ser necesario. Para provocar deliberadamente a la izquierda, recordó a su auditorio que había dirigido una compañía de ametralladoras contra los amotinados rojos en noviembre de 1918.

Las propuestas de Brüning de aumentar los impuestos y crear aranceles proteccionistas dividieron al DNVP. Los nazis se oponían al gabinete de Brüning fueran cuales fuesen las propuestas. Hugenberg deseaba conservar la alianza con los nazis y por ello organizó una enorme campaña en la prensa en contra de estos cambios. Otros nacionalistas apoyaban a Brüning, pues llevaban mucho tiempo exigiendo aranceles más altos para los productos agrícolas. Dentro de

su propio partido había oposición a estas medidas reaccionarias, en especial por parte del movimiento obrero cristiano, pero consiguió hacerse con el suficiente apoyo de la derecha para salvar esta primera prueba de fuerza.

Brüning no logró hacerse con una mayoría para sus profundas propuestas presupuestarias, pues la izquierda las rechazaba por considerarlas un ataque reaccionario contra los pobres y los necesitados y la derecha pensaba que eran *dirigiste* y oían a socialismo. Cuando el Reichstag votó en contra de recortar los salarios a los funcionarios, él acudió a Hindenburg, quien se apresuró a aprobar todas las leyes destacadas por medio del artículo 48. El Reichstag votó en masa contra esta medida y Brüning tuvo que rescindirla. Pero no se iba a dejar desanimar tan fácilmente. Las partes más importantes de la legislación fueron aprobadas de nuevo mediante el empleo de los poderes de emergencia del presidente y el Reichstag fue disuelto antes de que pudiera protestar.

Brüning pensaba que las elecciones le darían una mayoría al aumentar el voto del centro y de la derecha moderada. Fue un desastroso error de cálculo. La izquierda siguió relativamente estable, con cierto giro desde el SPD hacia el KPD. El DDP, que se había movido hacia la derecha y se había fusionado con el fascista *Jungdeutschen Orden*, y el Centro sólo sufrieron pérdidas muy leves. En la derecha, el DVP y el DNVP perdieron a la mitad de sus votantes, pero los partidos de derechas más pequeños, el *Wirtschaftspartei*, el *Deutsche Landvolkpartei* y el *Christlich-Soziale Volksdienst*, salieron muy bien parados, obteniendo 69 escaños. Pero el éxito más espectacular de todos fueron los 107 escaños obtenidos por los nazis, lo cual los convertía en el segundo partido mayoritario del Reichstag, ya que el SPD tenía 143 escaños. Hitler se las había arreglado para ganarse el apoyo de los votantes de los dos partidos de derechas establecidos, pero no había hecho el menor impacto en la izquierda o el centro. La política que había adoptado desde el referéndum sobre el Plan Young estaba dándole ahora unos buenos dividendos.

El atractivo de Hitler no dependía de su antisemitismo patológico, pues Alemania no era más antisemita que cualquier otro país europeo. Tampoco su otra obsesión permanente, el *Lebensraum*, era algo que captara el voto, pues el país no estaba de humor para plantearse una guerra de conquista cuando había problemas económicos inmediatos tan graves. Los votantes se agruparon en torno a Hitler por su feroz antimarxismo y por su constante reiteración del

tema de la renovación nacional. El antimarxismo estaba dirigido principalmente contra el SPD, pero también por implicación contra toda la República de Weimar y contra los principios del gobierno parlamentario. Era demasiado evidente que el sistema no funcionaba y Hitler ofrecía algo que parecía ser una alternativa viable. Su partido era joven, vigoroso, activo, idealista y merecía que se le diera una oportunidad. Los nazis parecían ser al tiempo radicalmente nuevos, pero tranquilizadamente tradicionales, impecablemente filisteos, pero excitantemente bohemios e incluso vanguardistas. Los jóvenes se sentían atraídos de forma irresistible por el partido, pues estaban en contra de los viejos y estirados monárquicos y los anticuados imperialistas de la derecha tradicional y odiaban a la República, que no parecía tener nada que ofrecerles, ni siquiera un trabajo. Los nazis ofrecían la liberación de la carga psicológica de Versalles, que era mucho mayor que la imposición material, y sabían que la leyenda de la puñalada en la espalda, que propagaban a voces desde los tejados, convertía a la derrota y al Tratado de Paz en un problema político interno, no en uno de política exterior. Otra implicación era que una vez que los «criminales de noviembre» fueran expulsados de su pocilga, Alemania estaría en situación de deshacer la decisión de 1914-18. Por esta razón, las manifestaciones que celebraron el nombramiento de Hitler como canciller en 1933 parecían más un desfile de la victoria tras una gloriosa guerra en el extranjero que una celebración de un cambio más de gobierno.

Había dos razones principales que explicaban por qué los nazis tuvieron tanto éxito en estas elecciones y las posteriores. Tras el referéndum sobre el Plan Young una serie de notables locales había empezado a apoyar abiertamente al partido y esto había hecho que ser fascista pareciera algo respetable y patriótico. En segundo lugar, los nazis tocaban una fibra sensible de las clases medias alemanas con su versión renovada de la ideología imperialista tradicional con la que habían empapado al *Kaiserreich* y que no se podía reconciliar con los ideales democráticos republicanos. Hitler no era un flautista de Hamelin que llevó a la gente por mal camino, como les gustaría pensar a los apologistas. Sus seguidores estaban preparados y a la espera, deseosos de unirse a un movimiento que ofrecía la posibilidad de salvarse del movimiento obrero organizado, de los poderosos intereses financieros y de la república corrupta e inútil.

La única esperanza de Brüning de conseguir una mayoría parlamentaria era trabajar con el SPD, pero no quiso ni plantearse esta

idea aunque su partido cooperara con los socialdemócratas en el gobierno prusiano. Se aferró a su política de subir los impuestos, recortar los gastos, mantener los precios a pesar de los ingresos en descenso y aumentar el precio de los alimentos mediante aranceles más altos. El SPD no se atrevía a desafiar el empleo del artículo 48 para hacer valer esta legislación antisocial, por temor ya fuera a otras elecciones y una mayor victoria del NSDAP o posiblemente a una dictadura militar. Adoptó la postura pasiva del daño menor y aguardó el final de la República con un fatalismo cada vez más inexorable.

La derecha estaba decidida a tomar la iniciativa. En octubre de 1930, una serie de representantes del DNVP, el Stahlhelm, el Cuerpo Libre, el ejército, la banca y la industria se reunieron en Bad Harzburg. Todos los partidos situados a la derecha del centro fueron invitados y Hitler llegó con sus paladines. Hugenberg proclamó un «Frente Nacional», otros pronunciaron discursos igualmente rimbombantes, pero no había duda de que Hitler era ya la figura destacada de la derecha y eludió hábilmente cualquier compromiso que pudiera afectar a su libertad de maniobra. Su principal dificultad era que todavía muchos lo consideraban demasiado radical. Los ciudadanos respetables se sentían horrorizados por la brutalidad de sus matones de las SA y los hombres de negocios se sentían alarmados por el contenido aparentemente socialista del programa del partido con sus ataques al gran capital, los monopolios y la «esclavitud del interés». Hitler dedicó muchas de sus energías en los meses siguientes a convencer a los industriales y los banqueros, generales y funcionarios, clérigos y políticos de que no era un radical, que no aprobaba los excesos de las SA, los cuales atribuía a la provocación comunista, y que el programa del partido estaba simplemente diseñado para mantener contentos a sus seguidores y que no había que tomárselo en serio. Modestas sumas de dinero empezaron a entrar en las arcas del partido procedentes del Rin y del Ruhr, de Thyssen, Hermann Reusch, Emil Kirdorf, Schnitzler de IG Farben, Finck de Seguros Allianz, el banquero Schröoder, el ex canciller Cuno de HAPAG y el doctor Schacht del Reichsbank. Entregaban el dinero para animar a Hitler en sus esfuerzos para refrenar a sus seguidores radicales y para domesticarlo de manera que les pudiera ser útil en algún momento. Hitler no necesitaba el dinero, pues el partido tenía fondos suficientes procedentes de las suscripciones de los miembros y de pequeños hombres de negocios, aunque a veces hay que admitir que en forma de dinero por protección. Pero sí que le hacía muchísima

falta su apoyo si quería parecer un político respetable y un rival serio para alcanzar el cargo político más alto.

En 1932, Hindenburg decidió presentarse de nuevo a las elecciones presidenciales. El Frente de Harzburg quería presentar como candidato o al industrial Albert Vögler o al príncipe Oskar de Prusia, pero Hitler decidió presentarse. Los nacionalistas se pusieron furiosos y optaron por presentar como candidato a Duesterberg. El SPD respaldó a Hindenburg antes que correr el riesgo de que Hitler ganara las elecciones. El KPD volvió a presentar a Thälmann. Fue una sucia campaña. Goebbels dijo que un voto para Hindenburg era un voto para los desertores y los traidores y una serie de generales, terratenientes e incluso el príncipe heredero votaron por Hitler en lugar de por Hindenburg. Este casi obtuvo el 50% necesario en la primera ronda de las elecciones y en la segunda ganó cómodamente, pero Hitler obtuvo un impresionante 36,8% del voto. Los nazis habían sido derrotados y la República salvada, pero su destino estaba en manos de un vetusto mariscal de campo reaccionario y monárquico. Las fuerzas republicanas estaban desmoralizadas y en una postura puramente defensiva. La situación económica era catastrófica. No había posibilidad de formar un gobierno de mayoría. Hitler había sido derrotado, pero la democracia alemana sólo había obtenido un respiro.

Tan pronto como Hindenburg fue reelegido, Brüning declaró fuera de la ley a las SA y las SS a instancias de Groener, quien había recibido pruebas de un golpe planeado por las SA si Hitler hubiera sido elegido presidente. A Hindenburg le molestó esta medida, pues aunque pensaba que las SS y las SA estaban equivocadas, le parecían reservas útiles para las fuerzas armadas. El siguiente paso de Brüning provocó su caída. Había nombrado a un comisionado para las provincias orientales, Hans Schlange-Schöningen, quien se proponía establecer a un gran número de parados en granjas subvencionadas en el este. Hindenburg y sus camaradas prusianos consideraban esta propuesta como «bolchevismo agrario». Schleicher había decidido ya derrocar a Brüning, echar a su viejo amigo y seguidor Groener, cooperar con los nazis moderados, integrar a las SA dentro del Reichswehr y crear un gabinete provisional a la espera de su propio nombramiento como canciller. Hitler se avino a estos planes, pues se dio cuenta de que tenía la oportunidad de utilizar al gabinete provisional para asegurarse su propio ascenso al trono. Mediante el hijo de Hindenburg, Oscar, y mediante sus propias manipulaciones

en el Reichswehr, Schleicher consiguió la dimisión de Groener. Fue una sucia traición, pues Schleicher debía su carrera al apoyo y el estímulo de Groener.

A finales de mayo de 1932, Hindenburg regresó a Berlín tras unas vacaciones en sus propiedades. Le dijo a Brüning que se olvidara de Schlange-Schöningen y su plan de granjas. Brüning se negó y presentó su propia dimisión, que fue aceptada sin reparos. El canciller, pensando que casi había resuelto la crisis económica y que estaba a punto de conseguir éxitos importantes en política exterior, había anunciado que estaba a «cien metros de la línea de meta». Esto era en parte verdad, pues la Conferencia de Lausana canceló las reparaciones y la Conferencia de Desarme de Ginebra dio a Alemania igualdad militar con las otras potencias. Pero ninguno de estos éxitos contribuyó a aliviar la crisis política interna y en el último momento fue derribado por un presidente de ochenta y cinco años que acababa de ser elegido por las mismas fuerzas que apoyaban al canciller.

El nuevo canciller fue el comandante von Papen, un reaccionario diputado del centro en el Parlamento prusiano (*Landtag*), adinerado, zalamero y con buenos contactos. Era un intrigante de segunda fila, ciertamente no un político de envergadura, y estaba cegado por su vanidad y ambición y su nombramiento fue acogido con incredulidad o risas. Su «gabinete de barones» estaba constituido fundamentalmente por terratenientes (incluido el padre del especialista en cohetes Werner von Braun, que era ministro de Agricultura) y Schleicher ocupó el cargo de Groener como ministro del Reichswehr. Papen se apresuró a levantar la prohibición de las SA y las SS, anunció que «el Estado no debería ser una especie de institución de caridad», declaró el estado de emergencia en Prusia, derrocando al gobierno y gobernando al estado más grande de Alemania mediante el artículo 48, y esperó al resultado de las nuevas elecciones, que ilusamente pensaba que le darían una mayoría parlamentaria con la que poder funcionar. El SPD y su fuerza paramilitar, el Frente de Hierro, se quedaron impotentes a un lado mientras el gobierno prusiano era destruido por este *coup d'état*. Goebbels se sintió encantado y escribió en su diario: «Los rojos han perdido su gran oportunidad. Nunca la volverán a tener.»

Hitler realizó una campaña magistral, haciendo promesas increíbles a diestro y siniestro. Durante un discurso en Berlín incluso dio su palabra de que «¡En el Tercer Reich cada chica alemana encon-

trará marido!» Pero las promesas iban mezcladas con siniestras amenazas. Las SA se desbocaron por toda Alemania. A su paso dejaban cientos de muertos y heridos. El país parecía hallarse al borde de una guerra civil. Las clases medias exigían ley y orden y pensaban que lo obtendrían del partido que era la causa del derramamiento de sangre: el NSDAP.

Las elecciones de julio de 1932 fueron el gran éxito de los nazis. Superaron en más del doble su número de votos y ganaron 230 escaños. Una vez más el KPD ganó a expensas del SPD, pues muchos seguidores de la izquierda estaban molestos por la actitud pasiva del SPD con respecto al golpe de Prusia y su negativa a cooperar con el KPD contra la amenaza mortal que se cernía sobre los últimos restos de un régimen parlamentario. Los partidos pequeños de la derecha prácticamente desaparecieron y muchos de los que habían votado por el DNVP en 1930 votaron ahora por el NSDAP. El centro obtuvo unos cuantos escaños más, lo mismo que el DVP. Para Papen el resultado fue un desastre. El «gabinete de los barones» tenía ahora al 90% del Reichstag en contra.

Para toda la derecha la única manera de salir de la crisis era metiendo a Hitler en el gabinete, pero ni Hindenburg, ni el Reichswehr, ni el DNVP ni el Centro querían aceptar sus condiciones. Quería ser nombrado canciller, exigía los ministerios del Interior, Justicia y Economía para su partido y además insistía en tener control directo sobre Prusia, más dos nuevos ministerios de Aviación y Propaganda para Goering y Goebbels. Con Hermann Goering como presidente del Parlamento y 512 votos en su contra por 42 a favor, Papen no vio más alternativa que convocar nuevas elecciones. Estas se celebraron el 6 de noviembre de 1932. Una vez más, el SPD perdió ante los comunistas, pero los nazis obtuvieron 34 escaños menos que en julio, perdiendo casi dos millones de votos. El NSDAP estaba perdiendo fuerza, no podía mantener el entusiasmo de los votantes a través de una serie de elecciones y se estaba quedando sin dinero. Aunque la posición de Hitler quedó muy debilitada, Papen no salió mejor librado que antes de las elecciones.

Hindenburg recibió a Papen y a Schleicher y les preguntó qué pensaban hacer. Papen propuso gobernar sin el Reichstag, suprimir todos los partidos y organizaciones políticas y convocar un referéndum para comprobar el grado de apoyo popular a esta política. Schleicher aseguró que si se le nombraba canciller podría dividir al partido nazi, metiendo a la «izquierda» al mando de Gregor Strasser en una

amplia coalición que incluyera al SPD. Hindenburg favorecía el plan de Papen, pero éste descubrió asombrado que la mayoría de su gabinete apoyaba las propuestas de Schleicher con la esperanza de crear una mayoría parlamentaria viable. Schleicher presentó un estudio realizado por el coronel Ott que pretendía demostrar que el ejército no sería capaz de mantener la paz en caso de levantamiento por parte de la izquierda y la derecha. En otras palabras, el Estado Mayor insistía en que el plan de Papen era impracticable. Por tanto, a Hindenburg no le quedó más alternativa que aceptar la dimisión de Papen, entregándole su fotografía, en la que había escrito estas conmovedoras palabras: «*Ich hatt' einen Kameraden*» (Yo tenía un camarada), murmurando: «Así pues, en nombre de Dios, tenemos que dejar que Herr von Schleicher pruebe suerte».

Schleicher no carecía de apoyo. Krupp y una serie de industriales de ideas similares no confiaban en Hitler, les gustaba la idea de un programa controlado por el Estado para reducir el paro como proponía Gereke, uno de los consejeros más cercanos al nuevo canciller, y también apoyaban un régimen autoritario al mando de un general. Al fin y al cabo, estaban acostumbrados a tratar con el ejército, que no les regalaba los oídos con las diatribas anticapitalistas de los radicales nazis. Otros, en especial dentro del ejército, tenían la esperanza de que el plan de Schleicher para dividir al partido nazi funcionara después del revés sufrido por el partido en las elecciones de noviembre, pues a la mayoría de los oficiales no le gustaban los nazis por considerarlos una chusma vulgar y estaba molesta por las declaraciones de las SA afirmando ser el prototipo de un nuevo ejército nacionalsocialista. Schleicher tenía la intención de dar cargos dentro del gabinete a los nazis destacados, los demás serían arrestados. Pero carecía de apoyo en el Reichstag y en el país en general. Hitler contrarrestó su plan de dividir a su partido expulsando a Strasser y a sus simpatizantes y encargándose él mismo de la organización del partido nazi. El discurso en la radio del canciller, en el que afirmaba que se había permitido que los salarios bajaran demasiado, que la industria gozaba de demasiados privilegios y que necesitaba someterse a algún tipo de control estatal al realizar encargos del gobierno les pareció a los magnates del Ruhr puro socialismo. Los agrarios se escandalizaron cuando propuso que se entregaran a los pequeños granjeros unos 650.000 acres de terreno en el este. Una vez más, en las listas aparecía el «bolchevismo agrario». También se ganó la enemistad de los terratenientes al no acallar una serie de escándalos

sobre la *Osthilfe*, mediante la cual se habían entregado enormes sumas de dinero para ayudar a los *Junkers* a pagar sus deudas, las cuales a menudo eran el fruto de su afición al vino, las mujeres y el juego, como en el espectacular caso de von Quast-Radensleben.

Mientras Papen decía ser amigo y seguidor de Schleicher, intrigaba a sus espaldas para asegurarse su despido y así obtener venganza. El 4 de enero de 1933, organizó una reunión en casa del banquero Schröder en Colonia, a la que asistieron Hitler, Himmler, Hess y Wilhelm Keppler, quien estaba muy bien relacionado con el mundo de la banca y la industria. Hitler y Papen hablaron de la formación de un nuevo gobierno en privado. Hitler logró que Papen aceptara ser su vicescanciller y que apoyara sus intentos de echar a todos los socialdemócratas, comunistas y judíos de los puestos importantes. Hitler aceptó formar un gobierno «nacional» con tan sólo unos pocos ministros procedentes del NSDAP. Los industriales comenzaron a financiar a Hitler con mayor generosidad para asegurarse de que se atenía a este compromiso y porque empezaban a pensar que por fin habían encontrado un ganador. Goebbels anotó en su diario que la situación económica del partido, que había sido desesperada, había mejorado «repentinamente de un día para otro».

Una ligera mejora de los resultados del NSDAP en las elecciones locales del estado más pequeño de Alemania, Lippe-Detmold, bastó para que Strasser dejara de intentar formar parte del gabinete de Schleicher, pues sabía que el jefe de las SA y destacado nazi radical, Röhm, junto con Frick y Feder no se separarían de Hitler para unirse a él en el gabinete. También Hugenberg decidió no entrar en el gobierno. Los consejeros de Hindenburg pensaban ahora que las alternativas eran o bien establecer una dictadura militar al mando de Schleicher o bien nombrar canciller a Hitler. Lo primero era imposible si el estudio del coronel Ott era correcto. Schleicher pidió permiso a Hindenburg para disolver el Reichstag, pero el presidente le ordenó crear una mayoría parlamentaria. Esto era claramente imposible y Schleicher se encontró ahora exactamente en la misma situación en la que había estado Papen pocas semanas antes. Hindenburg recibió el consejo de todos los sectores de nombrar canciller a Hitler, pero él vacilaba, por razones más de esnobismo que políticas. No le gustaba este cabo de Bohemia, vulgar, de humilde origen y vocinglero. Al final pensó que no tenía elección. Una solución parlamentaria de derechas no era posible sin el NSDAP, que aún era la facción mayoritaria del Reichstag. Al despedir a Schleicher, el pre-

sidente dijo: «Tengo un pie en la tumba y la verdad es que no sé si lamentaré esta decisión en el cielo.» El 30 de enero de 1933, Adolf Hitler fue nombrado por fin canciller.

Capítulo 8

GRAN BRETAÑA

El estampido de los tapones del champán y los bailes por las calles celebrando la victoria terminaron pronto y Gran Bretaña se despertó con una gran resaca. Tres días después del Armisticio, el gobierno anunció que se celebrarían elecciones generales el 14 de diciembre. Lloyd George había llevado al país a la victoria y era enormemente popular. El líder conservador, Bonar Law, pensó que sería desastroso para su partido retirarse de la coalición. El Mago Galés estaba más enterado. Sabía que si no se hacía un trato con los conservadores sus liberales estaban abocados a una derrota segura, como les ocurriría a los conservadores de Churchill en 1945. En consecuencia, se acordó que 159 candidatos liberales quedarían sin oposición por parte de candidatos conservadores y que los liberales de Lloyd George no votarían en contra de los conservadores aprobados. Estos candidatos selectos recibieron una carta de confirmación firmada por Lloyd George y Bonar Law, a la que el líder de la oposición liberal, Asquith, llamó el «cupón».

En oposición a los candidatos del «cupón» estaban los liberales de Asquith, los *squiffites*, cuyo dirigente había rechazado la oferta de la presidencia de la Cámara de los Lores en un nuevo gobierno de coalición. El Partido Laborista decidió romper con Lloyd George